

EL NUEVO

PENSIL DE IBERIA.

PERIODICO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y TEATROS.

3.^a EPOCA.

DOMINGO 20 DE JUNIO DE 1858.

NÚM. 26.

LOS INSECTOS.

Las hormigas.

I.

SU MENAJE: SUS BODAS.

(Continuación.)

Unicamente hallamos en los límites del bosque, en un parage resguardado y solitario, un humilde hormiguero de hormigas amarillas. A decir verdad, bien poca cosa ofrecia: nada construido aun; una sencilla aglomeración, y algunos ciudadanos á las puertas de la ciudad. La república se hallaba todavia en su estado elemental. Decimos república, porque con relacion á las hormigas esta palabra es bastante adecuada; no así respecto de las abejas, cuyas sociedades tienen visos de monarquía. En efecto, allí es preferida la abeja madre, y, aunque no mande como reina, es considerada como tal. Las numerosas hembras que perpetuan la sociedad de las hormigas, delicadas criaturas que su pueblo conduce y gobierna con pocas consideraciones, no presentan ciertamente ningun aspecto real. Las colonias de las hormigas son fortuitas. La hembra alada, en la época del celo, echa á volar sola; se detiene en el primer abrigo que halla, y espera. Si algunas hormigas la encuentran, se ha salvado, porque se apiadan de ella y de sus huevos, que pone en la tierra y que contienen el germen de un pueblo. Las primeras hormigas que acuden llaman á otras, y, bien explorado el terreno, se ponen de consuno á edificar y á cuidar de la incubación de los huevos, de donde salen nuevos auxiliares para el trabajo. El *formico-polis* queda construido como por ensalmo.

Nos volvimos á internar en el bosque, y no tardamos en hallar poblaciones mas adelantadas y mejor establecidas. Al sudeste, bien resguardadas del norte por los abetos y bajo encinas cargadas de pulgones, prosperaban dos vastos hormigueros de hormigas de color leonado, que se agitaban con una increíble actividad. Bajo este cielo encrudecido con el viento que sopla de los ventis-

queros, estas robustas tribus emprenden intrépidas sus escursiones para proveerse de pajas, restos de madera y otros ligeros materiales, y construir habitaciones calientes, muradas y cubiertas á la manera que el hombre cubre las suyas con vastos techos de queseras (1). Debajo se estigaden las viviendas subterráneas donde el pueblo se refugia en el invierno, cuando la cúpula de su morada está sepultada en la nieve.

Las hormigas de color leonado no temen el sol; le reciben; las colora, y parece como que les presta sus tintas. Sus trabajos exteriores se hacen de dia en dia, y consisten principalmente en dar mas elevación á la armadura superior del edificio. Con la poca tierra que emplean mezclan las hojas y las candedas del abeto. Un tallo arqueado, encorvado ó nudoso, es para ellas un tesoro; se sirven de él como arco ó mas bien como ogiva, porque el arco puntiagudo es mas sólido. Las numerosas avenidas que conducen á fuera irradian en figura de abanico; parten de un punto concéntrico y divergen hasta la circunferencia. Salas bajas y muy espaciosas dividen el cuerpo del edificio; la mas amplia está en el centro y debajo de la cúpula; es la de mayor altura, y está destinada, al parecer, á las comunicaciones públicas. Allí encontraréis á cualquier hora ciudadanos atragados que, por el rápido contacto de sus antenas (especie de telégrafo eléctrico) parece se comunican noticias, se dan avisos ó mútuas instrucciones. Esta es una especie de *forum*.

Nada mas curioso de observar que los movimientos y las diversas ocupaciones de este gran pueblo. Mientras que las proveedoras van á ordeñar los pulgones, cazar insectos ó abastecerse de materiales, otras, que podrian llamarse sedentarias, se dedican enteramente á los cuidados de la familia y á la educación de los hijos. Ocupación incesante, inmensa, si se juzga de ella por el movimiento continuo de las criadoras ó nodrizas en derredor de las amas. Si cae una gota de lluvia ó aparece un rayo de sol, se produce un trastorno general.

(1) Se alude á las queseras ó casitas de los montes de Gruyere en Suiza, donde hacen los quesos.—E. T.

una mudanza de todos los hijos de la colonia, y esto con una solicitud que no abandonan jamás. Se las ve alzar delicadamente á esos hijos rechonchos que pesan tanto como ellas, y conduciéndolos de piso en piso, colocarlos en el punto conveniente. ¿Qué es sino el termómetro esa escala de calor de cuarenta grados? Y aun no es esto todo. Los cuidados de la alimentacion y de lo que llamariamos la lactancia, son tambien mucho mas complicados que entre las abejas. Los huevos deben recibir de la boca de las nodrizas una humedad nutritiva, y las larvas toman el cebo. La que ha hilado su capullo y se convierte en ninfa ó crisálida, no tendria fuerza para salir de él, si las celosas vigilantes no estuvieran allí para abrir el capullo, libertarla y por decirlo así, darla á luz.

En los hormigueros artificiales que nos hemos procurado para examinar mas de cerca, hemos tenido ocasion de observar una circunstancia que Huber lamenta no haber podido interpretar. Algunos nigeros movimientos producidos por la crisálida á su envoltura, advierten que ha llegado el instante de abandonarla. Nosotros gozábamos al mirar las nodrizas apoyadas en las ancas, como pequeñas badas, inmóviles y atentas, espiando con un profundo silencio el primer deseo de libertad. Como en las razas superiores, el recién nacido viene al mundo débil é inepto para todo. Son tan vacilantes sus primeros pasos, que á cada momento cae sobre sus rodillas, siendo preciso sostenerle. Su grande vitalidad no se manifiesta sino por una inextinguible necesidad de alimento. Cuando son fuertes los calores y es necesario abrir diariamente un gran número de envolturas, encierran á los recién nacidos en un mismo punto de la ciudad. Un dia vimos á uno de estos asomar la cabeza, algo pálida aun, por una de las puertas de su reclusion, salvar el umbral y dirigirse á la entrada del hormiguero; pero quedó burlado su intento, porque habiéndolo advertido una nodriza, asió al fugitivo por la parte superior de la cabeza y le encaminó con dulzura hácia una de las puertas mas cercanas de su encierro. Aquel trató de hacer resistencia: al efecto se dejó arrastrar, y habiendo encontrado en su tránsito una arista se aprovechó de ella como punto de apoyo para agotar las fuerzas de su conductora. Esta, siempre amable, soltó su presa un instante, dió un rodeo y volvió á la carga sobre su eria, que acabó en fin por obedecer. Cuando esta ha llegado á un grado conveniente de desarrollo, es necesario dirigirla, y entonces le da á conocer el laberinto interior de la ciudad y los arrabales, las vias que conducen al exterior y los senderos del distrito; luego la adiestran en la caza, la acostumbran á proveerse de lo necesario, á vivir al acaso y con poco, manteniéndose de todo. La sobriedad es la base de toda república. (Continuará.)

Viajes de Micrómegas.

CAPITULO PRIMERO.

Habia en uno de los planetas que giran en torno de la estrella llamada Sirio, un mozo de mucho talento, á quien tuve la honra de conocer en el postrer viage que hizo á nuestro mezquino hormiguero. Era su nombre Micrómegas, nombre que cae perfectamente á todo grande, y tenía ocho leguas de alto; quiero decir veinte y cuatro mil pasos geométricos de cinco piés de rey.

Algun algebrista, casta de gente muy útil al público, tomará á este paso de mi historia la pluma, y calculará que teniendo el Señor Don Micrómegas, morador del país de Sirio, desde la planta de los piés al colodrillo veinte y cuatro mil pasos, que hacen ciento y veinte mil piés de rey, y nosotros ciudadanos de la tierra no pasando por lo comun de cinco piés, y teniendo nuestro globo nueve mil leguas de circunferencia, es absolutamente indispensable que el planeta donde nació nuestro héroe tenga cabalmente veinte y un millones y seiscientas mil veces mas de circunferencia que nuestra tierra. Pues no hay cosa mas comun ni mas natural; y los estados de ciertos principillos de Alemania ó de Italia, que pueden andarse en media hora, comparados con la Turquía, la Rusia ó la América española, son una imagen, todavía muy distante de la realidad, de las diferencias que ha establecido la naturaleza entre los seres.

Es la estatura de Su Escelencia la que llevamos dicha, de donde colegirán todos nuestros pintores y escultores, que su cuerpo podia tener unos cincuenta mil piés de rey de circunferencia, porque es muy bien proporcionado. Su entendimiento es de los mas perspicaces que se puedan ver; sabe una multitud de cosas, y algunas ha inventado: apenas rayaba con los doscientos y cincuenta años, siendo estudiante en el colegio de jesuitas de su planeta, como es allí estilo comun, adivinó por la fuerza de su inteligencia mas de cincuenta proposiciones de Euclides.

De edad de cuatrocientos y cincuenta años, que no hacia mas que salir de la niñez, disecó unos insectos muy chicos que no llegaban á cien piés de diámetro, y se escondian á los microscopios ordinarios, y compuso acerca de ellos un libro muy curioso, pero que le trajo no pocos disgustos. El muftí de su país, no ménos cosquilloso que ignorante, encontró en su libro proposiciones sospechosas, mal-sonantes, temerarias y heréticas. Defendióse con mucha sal Micrómegas; se declararon las mugeres en su favor, puesto que al cabo de doscientos y veinte años que habia durado el pleito, hizo el muftí condenar el libro por calificadores que ni le habian leído, ni sabian leer, y fué desterrado de la corte el autor por tiempo de ochocientos años.

No le afligió mucho el salir de una corte llena de enredos y chismes. Compuso unas décimas muy graciosas contra el muftí, que á este no le importaron un bledo, y se dedicó á viajar de planeta en planeta, para acabar de perfeccionar su razon y su corazon, como dicen. Los que están acostumbrados á caminar en coche de colleras, ó en silla de posta, se pasmarán de los carruages de allá arriba, porque nosotros, en nuestra pelota de cieno, no entendemos de otros estilos que los nuestros. Sabia completamente las leyes de la gravitacion y de las fuerzas atractivas y repulsivas nuestro caminante, y se valia de ellas con tanto acierto, que ora montado en un rayo de sol, ora cabalgando en un cometa, andaban de globo

en globo él y sus sirvientes, lo mismo que revolotea un pajarillo de rama en rama.

Después de muchos viages, llegó un día Micrómegas al globo de Saturno; y si bien estaba acostumbrado á ver cosas nuevas, todavía le paró confuso la pequeñez de aquel planeta y de sus moradores, y no pudo ménos de soltar aquella sonrisa de superioridad que los mas cuerdos no pueden contener á veces. Verdad es que no es Saturno mas grande que novecientas veces la tierra, y los habitantes del país son enanos de unas dos mil varas, con corta diferencia, de estatura. Rióse al principio de ellos, mas era el Sirio hombre de razon, y presto reconoció que podia muy bien un ser que piensa no tener nada de ridículo, puesto que no pasara de seis mil piés su estatura. Acostumbróse á los Saturninos, después de haberlos pasmado, y se hizo íntimo amigo del secretario de la academia de Saturno, hombre de mucho talento, que á la verdad nada habia inventado, pero que daba muy lindamente cuenta de las invenciones de los demas, y que hacia regularmente copias chicas y cálculos grandes. Pondré aquí, para satisfacción de mis lectores, una conversacion muy estraña que con el señor secretario tuvo un día Micrómegas.

CAPITULO II.

Acostóse Su Escelencia, acercóse á su rostro el secretario, y dijo Micrómegas: Confesemos que es muy varia la naturaleza. Verdad es, dijo el Saturnino; es la naturaleza como un jardín, cuyas flores... Ah, dijo el otro, dejaos de jardinerías. Pues es, siguió el secretario, como una reunión de rubias y pelinegras, cuyos atavíos... ¿Qué me importan vuestras pelinegras? interrumpió el otro. O bien como una galería de cuadros, cuyas imágenes... No, Señor, no, replicó el caminante, la naturaleza es como la naturaleza. ¿A qué diablos andais buscando esas comparaciones? Por recrearos, respondió el secretario. Si no quiero yo que me recreen, lo que quiero es que me instruyan, repuso el caminante. Decidme lo primero cuantos sentidos tienen los hombres de vuestro globo. Nada mas que setenta y dos, dijo el académico, y todos los dias nos lamentamos de tanta escasez; que nuestra imaginacion se deja atras nuestras necesidades, y nos parece que con nuestros setenta y dos sentidos, nuestro áculo y nuestras cinco lunas, no tenemos suficiente; y es cierto que no obstante nuestra mucha curiosidad y las pasiones que de nuestros setenta y dos sentidos son hijas, nos sobra tiempo para aburrirnos. Bien lo creo, dijo Micrómegas, porque en nuestro globo tenemos cerca de mil sentidos, y todavía nos quedan no sé qué vagos deseos, no sé qué inquietud, que sin cesar nos avisa que somos chica cosa, y que hay otros seres mucho mas perfectos. He hecho algunos viages, y he visto otros mortales muy inferiores á nosotros, y otros que nos son muy superiores; mas ningunos he visto que no tengan mas deseos que verdaderas necesidades, y mas necesidades que satisfacciones. Acaso llegaré un dia á un país donde nada hagan falta, pero hasta ahora no he podido saber del tal país. Echáronse entónces á formar conjeturas el Saturnino y el Sirio; pero después de muchos raciocinios no ménos ingeniosos que inciertos, fué forzoso volver á sentar chechos. ¿Cuánto tiempo vivís? dijo el Sirio. Ah! muy poco, replicó el hombrechillo de Saturno. Lo mismo sucede en nuestro país, dijo el Sirio, siempre nos estamos quejando de la cortedad de la vida. Menester es que sea esta universal pensión de la naturaleza. ¡Ay! nuestra vida, dijo el Saturnino, se ciñe á quinientas revoluciones solares (que vienen á ser quince mil años, ó cerca de ellos, contando como nosotros). Ya veis que eso casi es morirse así que uno nace: es nuestra existencia un punto, nuestra vida un momento, nuestro globo un átomo; y apenas empieza uno á instruirse algo, cuando le arrebatada la muerte, antes de adquirir esperiencia. Yo por mí no me atrevo á formar proyecto ninguno, y me encuentro como la gota de agua en el inmenso Océano; y lo que mas sobrojo me causa en vuestra presencia, es contemplar cuán ridícula figura hago en este mundo. Replicóle Micrómegas: Si no fuérais filósofo, tendria recelo de desconsolaros, diciéndoos que es nuestra vida setecientas veces mas dilatada que la vuestra; pero bien sabeis que cuando se ha de restituir el cuerpo á los elementos, y reanimar bajo distinta forma la naturaleza, que es lo que llaman morir; cuando es llegado, digo, este momento de metamórfosis, poco importa haber vivido una eternidad ó un dia solo, que uno y otro es lo mismo. Yo he estado en países donde viven las gentes mil veces mas que en el mio, y he visto que todavía se quejaban; pero en todas partes se encuentran sugetos de razon, que saben resignarse, y dar gracias al Autor de la naturaleza, el cual con una especie de maravillosa uniformidad ha esparcido en el universo las variedades con una profusion infinita. Así por ejemplo, todos los seres que piensan son diferentes, y todos se parecen en el don de pensar y desear. En todas partes es la materia estensa, pero en cada globo tiene propiedades distintas. ¿Cuántas de estas propiedades tiene vuestra materia? Si hablais de las propiedades sin las cuales creemos que no pudiera subsistir nuestro globo como él es, dijo el Saturnino, no pasan de trescientas, conviene á saber la estension, la impenetrabilidad, la movilidad, la gravitacion, la divisibilidad, etc. Sin duda, replicó el caminante, que basta ese corto número para el plan del Criador en vuestra estrecha habitacion, y en todas cosas adoro su sabiduría, porque si en todas veo diferencias, tambien contemplo en todas preocupaciones. Vuestro globo es chico, y tambien lo son sus moradores; teneis pocas sensaciones, y goza vuestra materia de pocas propiedades: todo eso es disposicion de la Providencia. ¿De qué color es vuestro sol bien examinado? Blanquecino muy ceniciento, dijo el Saturnino; y cuando dividimos uno de sus rayos, hallamos que tiene siete colores. El nuestro tira á encarnado, dijo el Sirio, y tenemos treinta y nueve colores primitivos. En todos cuantos he examinado, no he hallado un sol que se parezca á otro, como no se ve en vuestro planeta una cara que no se diferencie de todas las demas.

Después de otras muchas cuestiones análogas, se informó de cuántas sustancias distintas se conocian en Saturno, y le fué respondido que habia hasta unas treinta: Dios, el espacio, la materia, los seres estensos que sienten y piensan, los seres que piensan y no son estensos, los que se penetran, y los que no se penetran, etc. El Sirio, en cuyo planeta hay trescientas, y que habia en sus viages descubierto hasta tres mil, dejó estraordinariamente asombrado al filósofo de Saturno. Finalmente, habiéndose comunicado uno á otro casi todo cuanto sabian y muchas cosas que no sabian, y habiendo discurrido por espacio de toda una revolucion solar, se determinaron á hacer juntos un corto viage filosófico.

CAPITULO III.

Ya estaban para embarcarse nuestros dos caminantes en la atmósfera de Saturno con muy decente provision de

instrumentos de matemáticas, cuando la dama del Saturnino, que lo supo, le vino á dar amargas quejas. Era esta una morenita muy agraciada, que no tenía mas que mil y quinientas varas de estatura, pero que con sus gracias reparaba lo chico de su cuerpo. ¡Ah cruel! exclamó, despues que te he resistido mil y quinientos años, ¡me abandonas por irte á viajar con un gigante del otro mundo! Anda, que no eres mas que un curioso, y nunca has estado enamorado; que si fueras Saturnino legítimo, mas constante serias. ¿Adónde vas? ¿qué quieres? ménos errantes son que tú nuestras cinco lunas, y ménos mudable nuestro ánulo. Esto se acabó; nunca mas he de quererte. Abrazóla el filosofo, y lloró con ella; pero pronto se desprendió de sus brazos.

Partiéronse nuestros dos curiosos, y saltaron primero al ánulo que encontraron muy aplastado, como lo ha adivinado un ilustre habitante de nuestro glóbulo; y desde allí anduvieron de luna en luna. Pasó un cometa por junto á la última, y se tiraron á él con sus sirvientes y sus instrumentos. Apenas hubieron andado ciento y cincuenta millones de leguas, se toparon con los satélites de Júpiter. Apeáronse en este planeta, donde se detuvieron un año, y aprendieron secretos muy curiosos.

Al salir de Júpiter, atravesaron un espacio de cerca de cien millones de leguas, y costeáron el planeta Marte, el cual, como todos saben, es cinco veces mas pequeño que nuestro glóbulo; y viéron dos lunas que sirven á este planeta, y no han podido descubrir nuestros astrónomos. Bien sé que el abate Jimenez escribirá con mucho donaire y donosura contra la existencia de dichas lunas, mas yo apelo á los que discurren por analogia; todos esclentes filósofos que saben muy bien que no le seria posible á Marte vivir sin dos lunas á lo ménos, estando tan distante del Sol. Sea como fuere, á nuestros caminantes les pareció cosa tan chica, que se temieron no hallar posada cómoda, y pasáron adelante como hacen dos caminantes cuando topan con una mala venta en despoblado, y siguen hasta el pueblo inmediato. Pero luego se arrepintiéron el Sirio y su compañero, que anduvieron un largo espacio sin hallar albergue. Al cabo columbráron una lucecilla, que era la tierra, y que pareció muy mezquina cosa á gentes que venian de Júpiter. No obstante, recelando arrepentirse otra vez, se determináron á desembarcar en ella. Pasáron á la cola del cometa, y hallaron una aurora boreal á mano, se metieron dentro, y aportáron en tierra á la orilla septentrional del mar Báltico, á cinco de Julio de mil seiscientos treinta y siete.

CAPITULO IV.

Habiendo descansado un poco, se almorzáron dos montañas que les guisaron sus criados con mucho aseo. Quisiéron luego reconocer el mezquino pais donde se hallaban, y se dirigieron de Norte á Sur. Cada paso ordinario del Sirio y su familia era de unos treinta mil piés de rey; seguiale de léjos el enano de Saturno, que perdía el aliento, porque tenia que dar doce pasos mientras alargaba el otro la pierna, casi como un perrillo faldero que sigue, si se le permite la comparacion, á un capitán de guardias del rey de Prusia.

Como andaban de prisa estos extranjeros, dieron la vuelta al globo en treinta y seis horas; verdad es que el sol, ó por mejor decir la tierra, hace el mismo viaje en un dia; pero hemos de reparar que es cosa mas fácil girar sobre su eje que andar á pié. Volviéron al cabo al sitio donde estaban primero, habiendo visto la balsa, casi imperceptible para ellos, que llaman el Mediterráneo,

y el otro estanque chico que con nombre de grande Océano rodea nuestra madriguera; al enano le daba el agua á media pierna, y apenas se habia mojado el otro los talones. Fuéron y viniéron arriba y abajo, haciendo cuanto podian por averiguar si estaba ó no habitado este globo: bajáronse, acostáronse, tentáron por todas partes; pero eran tan desproporcionados sus ojos y manos con los mezquinos seres que andan arrastrando por acá bajo, que no tuvieron la mas leve sensacion por donde pudiesen caer en sospecha de que existimos nosotros y nuestros hermanos los demas moradores de este globo.

El enano, que á veces fallaba con alguna precipitacion, decidió luego que no habia vivientes en la tierra, y su razon primera fué que no habia visto ninguno. Micrómegas le dió á entender con mucha urbanidad, que no era fundada la consecuencia; porque, le dijo, con vuestros ojos tan chicos no veis ciertas estrellas de quincuagésima magnitud, que distingo yo con mucha claridad. ¿Colegis por eso que no haya tales estrellas? Si lo he tentado todo, dijo el enano. ¿Y si no habeis sentido lo que hay? dijo el otro. Si está tan mal compaginado este globo, replicó el enano, si es tan irregular, y de una configuracion que parece tan ridícula, que todo él se me figura un caos. ¿No veis esos arroyuelos, que ninguno corre derecho; esos estanques que ni son redondos, ni cuadrados, ni ovalados, ni de figura regular ninguna; todos esos granillos puntiagudos de que está erizado, y se me han entrado en los piés? (y queria hablar de las montañas). ¿No notais la forma de todo el globo, aplastado por los polos, y girando en torno del sol con tan desconcertada direccion, que por necesidad los climas de ámbos polos han de estar incultos? Lo que me fuerza á creer de veras que no hay vivientes en él, es que ninguno que tuviese razon querria habitarle. ¿Qué importa? dijo Micrómegas, acaso no tienen sentido comun los habitantes, pero al cabo no es de presumir que se haya hecho esto sin algun fin. Decis que aquí todo os parece irregular, porque está todo tirado á cordel en Júpiter y Saturno. Pues por esa misma razon acaso hay aquí algo de confusion. ¿No os he dicho ya que siempre habia notado variedad en mis viages? Replicó el Saturnino á estas razones, y no se hubiera concluido la disputa, si en el calor de ella no hubiese roto Micrómegas el hilo de su collar de diamantes, y caído se estos; que eran unos brillantes muy lindos, aunque pequeñitos y desiguales, que los mas gruesos pesaban cuatrocientas libras, y cincuenta los mas menudos. Cogió el enano algunos, y arriándoselos á los ojos, vió que del modo que estaban abri-llantados, eran microscopios esclentes: cogió, pues, un microscopio chico de ciento y sesenta piés de diámetro, y se le aplicó á un ojo, mientras que se servia Micrómegas de otro de dos mil y quinientos piés. Al principio no vieron nada con ellos, puesto que eran aventajados; fué preciso ponerse en la posicion que se requeria. Al cabo vió el morador de Saturno una cosa imperceptible que se meneaba entre dos aguas en el mar Báltico, y era una ballena: púsola bonitamente encima del dedo, y colocándola en la uña del pulgar, se la enseñó al Sirio, que por la segunda vez se echó á reir de la enorme pequenez de los moradores de nuestro globo. Convencido el Saturnino de que estaba habitado nuestro mundo, se imaginó luego que solo por ballenas lo estaba; y como era grau discurredor, quiso adivinar de donde venia el movimiento á un átomo tan ruin, y si tenia ideas, voluntad y libre albedrio. Micrómegas no sabia qué pensar; mas habiendo examinado con mucha paciencia el animal,

sacó de su exámen que no podía residir un alma en cuerpo tan chico. Inclinábanse, pues, nuestros dos caminantes á creer que no hay razon en nuestra habitacion, cuando, con el auxilio del microscopio, distinguieron otro bulto mas grueso que una ballena, que en el mar Báltico andaba fluctuando. Ya sabemos que hácia aquella época volvía del círculo polar una bandada de filósofos, que habían ido á hacer observaciones en que nadie hasta entonces habia pensado. Trajéron los papeles públicos que habia zozobrado su embarcacion en las costas de Botnia, y que les habia costado mucho trabajo el salir á salvamento; pero nunca se sabe en este mundo lo que hay por debajo de cuerda. Yo voy á contar con ingenuidad el suceso, sin quitar ni añadir nada, esfuérzose que de parte de un historiador es sobremanera meritorio.

CAPITULO V.

Tendió Micrómegas con mucho tiento la mano al sitio donde se via el objeto, y alargando y encogiendo los dedos de miedo de equivocarse, y abriéndolos luego y cerrándolos, agarró con mucha maña el navio donde iban estos señores, y se le puso sobre la uña, sin apretarle mucho, por no estrujarle. Héte aquí un animal muy distinto del otro, dijo el enano de Saturno; y el Sirio puso el pretense animal en la palma de la mano. Los pasajeros y marineros de la tripulacion, que se creian arrebatados por un huracan, y que pensaban haber barado en un bajío, están todos en movimiento; cogen los marineros toneles de vino, los tiran á la mano de Micrómegas, y ellos se tiran despues; agarran los geómetras sus cuartos de círculo, sus sectores, y se apean en los dedos del Sirio: por fin tanto se afanaron, que sintió que se meneaba una cosa que le escarabajaba en los dedos, y era un garrote con un hierro á la punta que le clavaban hasta un pié en el dedo índice: esta picazon le hizo creer que habia salido algo del cuerpo del animalejo que en la mano tenia; mas no pudo sospechar al principio otra cosa, pues su microscopio, que apenas bastaba para distinguir un navio de una ballena, no podia hacer visible un entecillo tan imperceptible como un hombre. No quiero zaherir aquí la vanidad de ninguno; pero ruego á la gente vanagloriosa que paren la consideracion en este lugar, y contemplen que suponiendo la estatura ordinaria de un hombre de cinco piés de rey, no hacemos mas bulto en la tierra que el que en una bola de diez piés de circunferencia hiciera un animal que tuviese un seis-cientos mil avos de pulgada de alto. Figurémonos una substancia que pudiera llevar el globo terráqueo en la mano, y que tuviese órganos análogos á los nuestros, y es cosa muy factible que haya muchas de estas sustancias; y colijamos qué es lo que de las funciones de guerra, en que hemos ganado dos ó tres lugarejos que luego ha sido fuerza restituir, pensarian.

No me queda duda de que si algun capitan de granaderos leyere esta obra, haga á su tropa que se ponga gorras dos piés mas altas; pero le advierto que, por mas que haga, siempre serán él y sus soldados unos seres infinitamente pequeños.

¡Qué maravillosa maña hubo de necesitar nuestro filósofo de Sirio para atinar á columbrar los átomos de que acabo de hablar! Cuando Leuwenhoek y Hartsocker vieron, ó creyeron que vían, por la vez primera, la simiente de que somos formados, no fué ni con mucho, tan asombroso su descubrimiento. ¡Qué gusto el de Micrómegas cuando vió estas maquinillas menearse, cuando examinó sus movimientos todos, y siguió to-

das sus operaciones! ¡Cómo clamaba! ¡con qué júbilo alargó á su compañero de viage uno de sus microscopios! Viéndolos estoy, decian ambos juntos; contemplad como se cargan, como se bajan y se alzan. Así decian, y les temblaban las manos de gozo de ver objetos tan nuevos, y de temor de perderlos de vista.

CAPITULO VI.

Muy mejor observador Micrómegas que su enano, vió claramente que se hablaban los átomos, y se lo hizo notar á su compañero. Tenia el don de lenguas no menos que el Sirio; y no oyendo hablar á nuestros átomos, suponía que no hablaban; y luego ¿cómo habian de tener los órganos de la voz unos entes tan imperceptibles, ni qué se habian de decir? Para hablar es indispensable pensar; y si pensaban, tenian algo que equivalia al alma; y atribuir una cosa equivalente al alma á especie tan ruin, se le hacia mucho disparate. Dijole el Sirio:

No me atrevo ya, dijo el enano, á creer ni á negar cosa ninguna; procurémos examinar estos insectos, y discurremos luego. ¡Qué me place! respondió Micrómegas; y sacando unas tijeras, se cortó las uñas, y con lo que cortó de la uña de su dedo pulgar hizo al punto una especie de bocina grande, como un embudo inmenso, y puso el cañon al oido: la circunferencia del embudo cogia el navio y toda su tripulacion, y la mas débil voz se introducía en las fibras circulares de la uña, de suerte que, merced á su industria, el filósofo de allá arriba oyó perfectamente el zumbido de nuestros insectos de acá abajo, y en pocas horas logró distinguir las palabras y entender al cabo el francés. Lo mismo hizo el enano, aunque no con tanta facilidad. Crecia por puntos el asombro de los dos viajeros, al oir unos aradores hablar con bastante razon, y les parecia inesplicable este juego de la naturaleza. Bien se discurre que se morian el enano y el Sirio de deseos de entablar conversacion con los átomos; mas se temia el enano que su tonante voz, y mas aun la de Micrómegas, atronara á los aradores sin que la oyesen. Tratáron, pues, de disminuir su fuerza, y para ello se pusieron en la boca unos mondadientes muy menudos, cuya punta muy afilada iba á parar junto al navio. Puso el Sirio al enano sobre sus rodillas, y encima de una uña el navio con la tripulacion; bajó la cabeza y habló muy quedito, y despues de todas estas precauciones y otras muchas mas, dijo lo siguiente: Invisibles insectos que la diestra del Criador se plugo producir en el abismo de los infinitamente pequeños, yo le bendigo porque se dignó manifestarme impenetrables secretos. Acaso nadie se digorará de miraros en mi corte, pero yo á nadie desprecio, y os brindo con mi proteccion.

Si ha habido asombros en el mundo, ninguno ha llegado al de los que estas razones oyeron decir, sin poder atinar de donde salian. Rezó el capellan las preces de conjuros, votaron y renegaron los marineros, y fraguaron un sistema los filósofos del navio; pero, por mas sistemas que imaginaron, no les fué posible atinar quien era el que les hablaba. Entonces les contó en breves palabras el enano de Saturno, que tenia menos recia la voz que Micrómegas, con que jente estaban hablando, y su viage de Saturno: les informó de quién era el señor Micrómegas, y habiéndose compadecido de que fueran tan chicos, les preguntó si habian vivido siempre en un estado tan rayano de la nada, y qué era lo que hacian en un globo que al parecer era peculio de ballenas; si eran dichosos, si tenian alma, si multiplicaban, y otras mil preguntas de este jaez.

Enojado de que dudasen si tenía alma, un raciocinador de la banda, mas osado que los demas, observó al interlocutor con unas pinulas adaptadas á un cuarto de círculo: midió dos triángulos, y al tercero le dijo así: ¿Con que creéis, señor caballero, que porque teneis dos mil varas de piés á cabeza, sois algo?... ¡Dos mil varas! exclamó el enano, pues no se equivoca ni en una pulgada. ¡Con que me ha medido este átomo! ¡con que es geometra, y sabe mi tamaño: y yo que no le puedo ver sin auxilio de un microscopio, no sé aun el suyo! Sí, que os he medido, dijo el físico, y tambien mediré al gigante compañero vuestro. Admitióse la propuesta, y se acostó Su Escelencia por el suelo, porque estando en pié su cabeza era mas alta que las nubes; y nuestros filósofos por una serie de triángulos, conexos unos con otros, coligieron que la persona que median era un mancebito de ciento y veinte mil piés de rey.

Prorumpió entonces Micrómegas en estas razones: Ya veo que nunca se han de juzgar las cosas por su aparente magnitud. Oh Dios, que diste la inteligencia á unas substancias que tan despreciables parecen, lo infinitamente pequeño no cuesta mas á tu omnipotencia que lo infinitamente grande; y si es dable que haya otros seres mas chicos que estos, acaso tendrán una inteligencia superior á la de aquellos inmensos animales que he visto en el cielo, y que con un pié cubrirían el globo entero donde ahora me encuentro.

Respondióle uno de los filósofos que bien podia creer, sin que le quedase duda, que habia seres inteligentes mucho mas chicos que el hombre, y le contó, no las fábulas que nos ha dejado Virgilio sobre las abejas, sino lo que Swammerdam ha descubierto, y lo que ha diseccionado Reaumur. Instruyóle luego de que hay animales que son, con respecto á las abejas, lo que son las abejas con respecto al hombre, y lo que era el Sirio propio con respecto á aquellos animales tan corpulentos de que hablaba, y lo que son estos grandes animales con respecto á otras sustancias ante las cuales parecen imperceptibles átomos. Poco á poco fué haciéndose interesante la conversacion, y dijo así Micrómegas:

CAPITULO VII.

Oh átomos inteligentes, en quien se plugo el eterno Ser manifestar su arte y su potencia, sin duda que en vuestro globo disfrutais contentos purísimos; pues teniendo tan poca materia y pareciendo todos espíritu, debeis emplear vuestra vida en amar y pensar, que es la verdadera vida de los espíritus. En parte ninguna he visto la verdadera felicidad, mas estoy cierto de que esta es su mansion. Encogieronse de hombros al oír este razonamiento los filósofos todos; y mas ingenuo uno de ellos confesó sinceramente, que, esceptuando un cortísimo número de moradores poquísimos apreciados, todo lo demas es una cáfila de locos, de pervertidos y desdichados. Mas materia tenemos, dijo, de la que es manester para obrar mal, si procede el mal de la materia, y mas inteligencia, si proviene de la inteligencia. ¿Sabeis por ejemplo que á la hora esta cien mil locos de nuestra especie, que llevan sombreros, están matando á otros cien mil animales cubiertos de un turbante, ó muriendo á sus manos, y que así es estilo en toda la tierra, de tiempo inmemorial acá? Horrorizóse el Sirio, y preguntó el motivo de tan horribles contiendas entre animalejos tan ruines. Trátase dijo el filósofo, de unos pedacillos de tierra tamaños como vuestro pié, y no porque ni uno de los millones de hombres que pierden la vida solicite

un terror siquiera de dicho pedazo; que se trata de saber si ha de pertenecer á cierto hombre que llaman Sultan, ó á otro que apellidan César, no sé por qué. Ninguno de los dos ha visto ni verá nunca el rinconcillo de tierra que está en litigio: ni ménos casi ninguno de los animales que recíprocamente se asesinan, ha visto tampoco al animal por quien asesina.

¡Desventurados! exclamó indignado el Sirio: ¿cómo es posible imaginar tan furioso frenesí? Arranques me vienen de dar tres pasos, y con tres patadas estrujar todo ese hormiguero de ridículos asesinos. No os tomeis ese trabajo, le respondieron, que sobrado se afanan ellos en labrar su ruina. Sabed que dentro de diez años no quedará en vida el diezmo de estos miserables: y que, aun sin sacar la espada, casi todos se los lleva la hambre, la fatiga, ó la destemplanza, aparte de que no son ellos los que merecen castigo, sino los ociosos despiadados, que metidos en su gabinete mandan, mientras digieren la comida, degollar un millon de hombres, y dan luego solemnes acciones de gracias á Dios. Sentíase el caminante movido á piedad del mezquino linage humano, en el cual tantas contradicciones descubria. Siendo vosotros, dijo á estos señores, del corto número de sabios que sin duda á nadie malan por dinero, os ruego que me digais cuáles son vuestras ocupaciones. Disecamos moscas, respondió el filósofo, medimos líneas, combinamos números, estamos conformes acerca de dos ó tres puntos que entendamos, y divididos sobre dos ó tres mil que no entendemos. Ocurrióles al Sirio y al Saturnino hacer preguntas á los átomos pensadores, para saber sobre qué estaban acordes. ¿Qué distancia hay, dijo este, desde la estrella de la Canícula hasta la grande de Géminis? Respondieronle todos juntos: Treinta y dos grados y medio. —¿Cuánto dista de aquí la luna? —Sesenta semidiámetros de la tierra. —¿Cuánto pesa vuestro aire? Creia haberlos cogido: pero todos le digeron que pesaba novecientas veces ménos que el mismo volúmen del agua mas ligera, y diez y nueve mil veces ménos que el oro. Atónito el enanillo de Saturno con sus respuestas, estaba tentado á creer que eran mágicos aquellos mismos á quienes un cuarto de hora ántes les habia negado la inteligencia.

Dijoles finalmente Micrómegas: Una vez que tan puntualmente sabeis lo que hay fuera de vosotros, sin duda que mejor todavia sabréis lo que hay dentro: decidme, pues, qué cosa es vuestra alma, y cómo se forman vuestras ideas. Los filósofos hablaron todos á la par, como ántes, pero todos fueron de distinto parecer. Citó el mas anciano á Aristóteles, otro pronunció el nombre de Descartes, este el de Malebranche, aquel el de Leibnitz, y el de Locke otro.

Tomó el hilo el cartesiano, y dijo: Es el alma un espíritu. ¿Y qué entiendes por espíritu? ¿Qué es lo que me preguntais? dijo el discurredor, no tengo idea ninguna de él: dicen que lo que no es materia. —¿Y sabes lo que es materia? Eso sí, respondió el hombre. Esa piedra por ejemplo es parda, y de tal figura, tiene tres dimensiones, y es grave y divisible. Así es, dijo el Sirio; ¿pero esa cosa que te parece divisible, grave y parda, me dirás qué es? Algunos atributos ves, pero ¿el sosten de estos atributos le conoces? No, dijo el otro. Luego no sabes qué cosa sea la materia.

Dirigiéndose entonces el señor Micrómegas á otro sabio que encima de su dedo pulgar tenia, le preguntó qué era su alma, y qué hacia. Yo no sé como pienso, lo que sé es que nunca he pensado como no sea por medio de mis sentidos. Que haya sustancias inmateriales é in-

teligentes, no pongo duda; pero que no pueda Dios comunicar la inteligencia á la materia, eso lo dudo mucho. Respeto el eterno poder, y sé que no me compete limitarle; no afirmo nada, y me ciño á creer que hay muchas cosas posibles de lo que se piensa.

Sonrióse el animal de Sirio, y le pareció que no era este el ménos cuerdo; y si no hubiera sido por la mucha desproporcion le hubiera dado un abrazo el enano de Saturno; y mirando de piés á cabeza á los dos moradores celestes, les sustentó que sus personas, sus mundos, sus soles y sus estrellas, todo habia sido criado para el hombre. Al oír tal sandez, nuestros dos caminantes hubieron de caerse uno sobre otro, pereciéndose de aquella inextinguible risa que, segun Homero, cupo en suerte á los Dioses; iba y venia su barriga y sus espaldas, y en estas idas y venidas se cayó el navío de la uña del Sirio en el bolsillo de los calzones del Saturnino. Buscáronle ámbos mucho tiempo; al cabo topáron la tripulacion, y la metieron en el navío lo mejor que pudieron. Cogió el Sirio á los aradorcillos, y les habló con mucha afabilidad, puesto que estaba algo mobino de ver que unos tan infinitamente pequeños tuvieran una vanidad casi infinitamente grande. Prometiéndoles que componeria un libro de filosofía escrito de letra muy menuda para su uso, y que en él verian el por qué de todas las cosas; y con efecto ántes de irse les dió el prometido libro, que llevaron á la Academia de ciencias de Paris. Mas cuando le abrió el secretario, se halló con que estaba todo en blanco, y dijo: *Ah, ya me lo presumia yo.*

LA DALIA.

Hay recuerdos que duran toda la vida.

Que fijos tenazmente en la memoria, apenas pasa un día sin que sintamos los efectos de su dulzura ó el amargor de sus dolores.

Mas hay momentos en que el alma no puede contenerlos, en que saltan espansivamente; y entonces si el que los contiene es artista, los estampa en el lienzo, en el pentágrama ó brotan de su imaginacion bajo las alas de la poesia.

Parece que en esto se recibe un consuelo incomparable: desde ese instante vese el corazon libre de un peso enorme, insoporlable y respira consiguiendo tal vez olvidar.

En esto son sumamente felices todos aquellos que logran desahogar su pecho de las dolorosas reminiscencias que forman su pasada vida, pues su memoria solo es un receptáculo destinado á guardar por un tiempo dado las impresiones que al fin transmiten con facilidad á una creacion del arte.

Mas ¡ay! por desgracia ni todos los hombres son artistas ni todos los recuerdos pueden trasladarse al papel. Hay cosas que nunca puede el hombre participar á nadie; ni aun al público siquiera, á pesar de que este tiene el privilegio de penetrar en los secretos del poeta.

Yo conservo mutilada por el tiempo una *dalia*.

Aunque su perdida belleza se guarda en una pequeña cajita de ébano, ve todos los dias la luz.

¿Por qué?

El año 1845 vivia yo en Londres. Tenia 17 años, y una imaginacion que ha replegado ya sus alas, como el ave cuando llega la noche.

Entonces hallaba poco espacio en el mundo; entonces tenia necesidad de formarse esa multitud de mundos fantásticos por los cuales se perdía, como el vapor se pierde entre los abismos del cielo.

¡Funesta edad, porque es ella la que dispone de nuestro porvenir!

Diez y siete años tenia, cuando por la mano, mas delicada del mundo, fué cortada de un jardin que circundaba la casa que me servia de habitacion, la *dalia* á que me refiero.

Esa mano delicada pertenecia á una mujer..... no, á una niña de quince años, blanca como las hijas todas de Inglaterra y hermosa como las hadas que pueblan nuestra mente durante los sueños de la juventud. Era muy hermosa: tanto que jamás he visto el símil, la aproximacion de aquellos ojos negros llenos de melancólica ternura: de aquellos labios cuya transparencia y delgadez solo eran comparables á la pureza que revelaban.

Esta mujer, esta niña, este ángel, amaba, pero con ese amor hijo del sentimiento: obsequio de su pasion fué la *dalia* que conservo.

¿Mas por qué guardo yo esa flor con religiosa insistencia?

¿Por qué jamás la separo de mí?

Ya disecada, sin color, cubierta del mismo polvo en que ha de quedar convertida, ni aroma ni pureza, nada le queda.

¿Para el mundo qué es esa planta pergaminoso?

¡Oh! y para mí... Callado y misterioso objeto, despierta un mundo... solo conocido de mi conciencia. Un arcano que jamás debe revelarse. La *dalia* es un remordimiento. Diariamente recibe la impresion de mis labios que mas la marchitan, que mas la acaban, que concluirán con ella.

Muda y martirizada víctima sepultada en su féretro de ébano, cuando sale á luz parece decir: «quiero mi sombra; apetezco mi soledad. Ese beso no es el de la mano que me cuidaba: ese aliento no es de Emma: prefiero el olvido en mi oscuro lecho, así como ella prefirió buscar su tumba en los abismos del Támesis.»

Desconsolada *dalia*! ¡Pobre flor á quien no puedo olvidar!

Madrid: mayo 24 de 1858.

Fernando José Gargollo.

EL TRABAJO ORGANIZADO.

(Continuación.)

El Profesor — Dios concede á sus criaturas cuanto necesitan para desempeñar sus funciones; VV. han visto demostrados matemáticamente esta primera proposicion,

al menos en cuanto concierne á los minerales, las plantas y los animales, en cuanto órganos de la vida universal. Permitidme decir tambien que esta proposicion no es menos cierta si se aplica aisladamente á los órganos de un ser cualquiera: siempre se les encuentra perfectamente apropiados para el desempeño de su funcion, ó por mejor decir, de la funcion para cuyo desempeño han sido creados; la oreja es admirablemente propia para la audicion, y ningun instrumento de óptica igualará nunca la perfeccion del ojo.

En cuanto á vuestra segunda proposicion que dice Dios no crea resortes inútiles, está tan fuera de duda para todo sabio, que los anatómicos que no han podido descubrir cuál es la funcion, el objeto de ciertos órganos del cuerpo humano, se han guardado bien de decir que estaban demás, que eran inútiles; pues saben que un órgano por el mero hecho de existir, prueba su necesidad de ser, porque es sabido que si no funcionara se aniquilaria él mismo por su propia inaccion.

El Juez de paz.—Convengo, señor profesor, en la irrecusable verdad de vuestros dos primeros teoremas; pero habeis adelantado un tercero, diciendo que el Criador une el placer al ejercicio de los estimulantes. ¿Tendria V. la bondad de poner algunos ejemplos que nos convenzan? Porque la verdad, esta proposicion no es para mí tan evidente, no se explica por sí misma como los dos precedentes.

El Profesor.—Con mucho gusto; los vegetales tienen por mision descomponer la luz y absorber los rayos químicos; pues bien, las plantas sufren en la oscuridad y si se las coloca en un sitio en que perciban la claridad solo por una ventana, dirigen hácia ella sus ramas haciendo visibles esfuerzos para salir por ella, y si se las retiene mucho tiempo languidecen y mueren.

En una palabra; los vegetales languidecen cuando circunstancias desfavorables les impiden desempeñar sus funciones. Se ve que sienten malestar ó bienestar, segun que pueden ó no cumplir sus destinos. ¿Pero tienen ellas la conciencia de sus goces ó de sus sufrimientos? Lo ignoro, aunque en rigor me parece que sí la tienen. Si la cuestion del sentimiento, del placer unido al cumplimiento de sus funciones, es oscura en las plantas, en los animales es de una evidencia incontestable, sobre todo en los mas elevados de la escala de los seres.

Y en efecto, nadie pone en duda que la satisfaccion de los estimulantes *hambre, sed, amor y amor maternal*, no sea para los animales un verdadero placer, y que en la imposibilidad en que se encuentran alguna vez de satisfacer estas necesidades no les cause un vivo disgusto, que acaba en enfermedad y algunas veces en la muerte. De lo cual debemos deducir que la felicidad se encuentra en el cumplimiento integral del destino que á cada ser asigna la naturaleza, destino que se revela incesantemente, primero por los órganos y luego por los estimulantes ó atracciones que son sus medios de cumplirse.

No hay órgano ni estimulante inútil: todos tienen un objeto, una tarea que desempeñar. Por eso, como hemos dicho, el destino de cada ser no es otra cosa que el conjunto de tareas que le asigna la Providencia, de lo que se sigue que cuando un ser cumple su destino integralmente, ninguno de sus órganos ó estimulantes deja de ejercitarse, y por lo tanto de ser feliz; y que por el contrario, toda criatura encuentra el mal, el disgusto, el dolor, cuando apartándose de su destino no pueden sus órganos ni sus estimulantes ejercer regularmente las funciones para que fueron creados.

La felicidad es, pues, la recompensa unida á la obediencia de las leyes de la naturaleza: el dolor, el sufrimiento, son las advertencias destinadas á recordar á las criaturas que se apartan del cumplimiento de sus funciones providenciales. Los dolores son mas crueles cuanto el individuo, ó la especie, si su tarea es colectiva, se alejan mas de su destino.

Y esto no podia ser de otro modo. Solo así puede explicarse la razon de ser del dolor y del mal. Pudiendo escoger entre la atraccion y la violencia, entre el goce y la pena para que los seres cumplan sus órdenes, Dios debia optar por la atraccion y el placer, reservando el sufrimiento para el caso de obstinacion en la desobediencia.

(Continuacion del manuscrito.)

DESTINO TERRESTRE DE LA HUMANIDAD.

Dios los bendijo, diciéndoles: *creced y multiplicaos; llenad la tierra y dominadla, y sujetad todos los animales.*
(GENESIS, cap. 1.)

Creemos haber demostrado estas dos proposiciones:

1.^a El Creador dará todos los seres las fuerzas, los órganos y los estimulantes necesarios al cumplimiento de sus funciones.

2.^a El Creador es económico de resortes y no dará las criaturas fuerza, órgano ni estimulante inútil.

Y á priori se comprende que no podia ser de otra manera, porque seria absurdo suponer que Dios exigiese de sus criaturas actos que no les hubiera puesto en disposicion de cumplir, y necesidades y deseos que no les fuera posible satisfacer. Lo que me conduce á esta tercera proposicion que es un corolario de las dos primeras. Las necesidades y los destinos de las criaturas están siempre en relacion directa ó exacta, de suerte que conociendo uno de los dos términos puede descubrirse el otro.

De lo que hemos dicho se deduce que los seres vivos serán modificados para satisfacer sus necesidades.

Seguros de la verdad de estas proposiciones abordemos la tesis esencial, la del destino terrestre del hombre y para conseguirlo examinemos sus necesidades. Creo inútil el decir que no tratamos aquí en manera alguna del destino que espera al hombre mas allá de la tumba.

De todos los habitantes de la tierra no hay ninguno que tenga tantas necesidades como el hombre.

El hombre habita todas las partes del globo, lo mismo las zonas abrasadas que las glaciales, y sin embargo nace en extremo débil y sin ningun vestido, en tanto que los animales están cubiertos de pieles, tanto mas espesas cuanto mas frio hace en las latitudes que deba habitar. La buena y previsora naturaleza tiene la misma solicitud por los animales que viven en los climas en que varia la temperatura, cubriéndolos en invierno de espesas lanas que arroja en el verano.

(Continuará.)

Por los artículos no firmados:—JUAN MOLINA.

EDITOR RESPONSABLE:

Don Pedro Luis Carniago.

CADIZ: 1858.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA GUERRERO,
calle de S. José esquina á la de Armengual.